

Dios y hombre, fuente de amor

Meditación, 28 de mayo de 1967

Domingo de la Divina Misericordia

Todo lo que Jesucristo nos da con la gracia bautismal, con la fe, y por medio del comer su carne y beber su sangre en la Eucaristía, la vida eterna que nos da a cada instante, como Él la recibe en el seno del Padre permanentemente; esa vida que nos da en la tierra para que lleguemos al cielo, al seno del Padre para toda la eternidad; esta maravilla única nace del corazón de Dios, de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo. Nace del corazón de Dios, y la vive y la traduce en versión humana, el corazón de Jesucristo hombre.

Allí en el corazón, es decir, en la capacidad de amar de Dios, en la capacidad de amar de Jesucristo hombre, tenemos la fuente y el receptáculo de recepción y distribución de esa vida que nos es dada de un modo tan maravilloso.

Por eso está bien que con la Iglesia asociemos el misterio de Jesús, pan de vida eterna, en memoria de su Pasión y en prenda de vida celestial, lo asociemos a la contemplación y a la veneración del corazón o sea del amor de Jesucristo.

Y está bien que meditemos con fe, con humildad, también con la mayor capacidad de amor que tengamos, algo de lo mucho que hay allí como explicación y como fuente de la maravilla de la Eucaristía. Algo de lo que hay, es decir, ese inmenso amor a los hombres –a mí en particular– puesto que todo lo que Dios tiene de relación con las creaturas no sólo es general sino particular y personalmente dedicado a cada uno.

Amor de benevolencia porque nada gana con querernos.

Amor de beneficencia porque se traduce inmediatamente en bienes para nosotros.

Amor generoso porque nos da nada menos que su propia vida divina infinita y con ella la participación de la misma naturaleza fontal de Dios.

Amor fiel al extremo, para siempre en su fuente y en sus dones, que quiere durar y beneficiarnos por toda la eternidad.

Amor sacrificado, increíblemente sacrificado porque es a costa de su humillación más absoluta: la de Dios infinito que se encierra en los límites de la finitud. Sacrificado en la Encarnación, en el nacimiento infrahumano y en la pobreza con todas sus secuelas, en el desprecio y la persecución permanente, y en el modo infamante de la cruz al morir por nosotros.

Amor humilde en la Eucaristía. Y en la persecución, el desprecio, el abandono, la falta de correspondencia que

iba a sufrir en su permanencia en el Sagrario a través de los siglos.

Humillación inmensa en virtud de la desfiguración que los hombres presentamos, a pesar de su presencia en nosotros. ¡Qué versiones grotescas de la vida divina damos, tantas veces, los cristianos!

Humillación en las persecuciones que a través de la historia sufre en su Iglesia.

Amor sacrificado por sus sufrimientos: físicos, psicológicos, morales, teológicos; sufrimiento inmenso de sentirse responsable de los pecados de todos los hombres, delante de su Padre.

Amor sacrificado y misericordioso hasta la muerte.

Corazón de Jesús, Dios y hombre, fuente de amor y de amor explicativo de la Eucaristía, fuente de amor delicado. Quiere vivir en nosotros y con nosotros para darnos la vida, su vida, a todos los respectos, en todos los detalles, en todas las dimensiones por más sutiles que sean.

Amor leal en todos los momentos, de una continuidad y una omnipresencia sin la menor mengua, sin el menor desfallecimiento, sin la menor falta de consecuencia.

Amor noble para hacernos vivir lo más elevado, para hacernos vivir ya en la tierra los mismos ideales, los mismos valores de Dios.

Amor dotado de todas las virtudes.

Amor que a los ojos y al calor de nuestro propio cora-

zón presenta un panorama de exquisiteces inacabables e inexpresables.

Contemplemos el amor del corazón de Jesucristo, Dios y hombre.

Contemplemos su corazón, receptáculo de amor y de todas las virtudes en sus gamas más delicadas, en sus dimensiones más profundas, en sus consecuencias más universales, más externas y más trascendentales.

Contemplemos el amor de Jesucristo en su corazón que lo alberga y acerquémonos con humildad, con sinceridad, con rectitud, con sencillez.

Acerquémonos de la mano de la Virgen y abramos nuestro corazón para caldearnos con el mismo fuego y así le respondamos como merece: con un amor de su mismo cuño porque derivado de Él, que se extienda a nuestros hermanos, porque al ser de cuño divino es necesariamente difusivo: viene del Padre, pasa al Verbo, enciende el corazón de Jesucristo hombre, llega a nuestro corazón y, desde él, siga encendiendo en el mismo amor divino el corazón de nuestros hermanos; de aquellos con quienes nos pongamos en contacto, socialmente o por la oración o por la fuerza de nuestros méritos, en la comunión de los santos que participamos en la Iglesia.

Lleguemos por tanto al corazón de Jesucristo, con el nuestro abierto en las manos para que lo impregne de su amor.

Que su amor nos lleve a acercarnos a nuestros hermanos y ayudarlos en lo que necesiten para que construyendo el mundo alcancen lo definitivo: la vida eterna.

Que el amor de Jesucristo, con uno y otro acento, sea pasto de nuestras almas y sirva no sólo para avivar nuestra vida divina y nuestra conducta, sino que haga nuestro cristianismo bien genuino, verdaderamente auténtico, sobrenatural, derivado de la eternidad, fundado en el amor de Dios, y de los hombres en Dios y para Dios. Para la eternidad de Dios.

Que haga de nuestro cristianismo, un cristianismo del amor dado por Jesucristo a nuestras almas. Que purifique y consuma dentro de nosotros toda escoria humana y nos haga encarar nuestra vida interior y exterior como instrumento de glorificación de Dios y de salvación personal y de nuestros hermanos.